

***Lo que el  
ruiseñor se calla***

**Juan Francisco González Linares**

**2º Bach A**

Oscuridad. Una leve brisa, casi otoñal, bajaba de la sierra cargada de rocío impregnando el ambiente de un curioso silbido. La luna había desaparecido la noche anterior y aún habría que esperar unos días para verla en su fase más clara y llena. La madrugada se cernía sobre la vega desde hacía unas horas y envolvía el ambiente de un trágico augurio que desvelaba el sueño a todos los seres que la habitaban.

En medio de este extraño duermevela, un niño rompía la quietud del paisaje. Solo, asustado, buscando cobijo bajo una piedra del monte; no superaba los diez años de edad. Apenas si podía ver a cuatro palmos de distancia, aunque trataba de distinguir el pequeño bosque que había atravesado por la tarde mientras jugaba a inventar historias de antiguos palacios árabes y seres fantásticos. Su compañero de aventuras había sido un alegre ruiseñor que, sin embargo, desapareció cuando cayó el ocaso.

El niño confiaba en que sus padres lo encontraran pronto. No debían de estar muy lejos de allí, aunque tampoco recordaba el lugar exacto donde se despidió de ellos. Quizás su padre habría encendido el pequeño candil que siempre llevaban encima, y, con suerte, lo vería aparecer entre las ramas de los árboles, que ahora se asemejaban a largos dedos inquietantes. Pero ni en esos duros momentos de soledad el niño mostró un ápice de llanto. Era la regla básica que había aprendido desde que todo había cambiado: el silencio era fundamental para que no los atraparan.

Un lobo aulló a lo lejos, quebrando la calma tensa que reinaba en las faldas de la Alfaguara. El muchacho empezaba a tener frío, pues la leve brisa se estaba convirtiendo en una ráfaga incesante de aire casi polar. La noche granadina de pleno agosto parecía transformarse en una velada invernal en la que se reunían la oscuridad y el mal augurio.

El niño contemplaba el cielo estrellado intentando sobrellevar la soledad y las horas de espera. Su abuelo, al que en la ciudad llamaban «el sabio», le había enseñado las principales constelaciones y los secretos de los miles de soles que gobiernan el universo. Allí estaba la Gran Osa, y un poco más allá se encontraba el temible Escorpión, que vivía en eterna batalla contra el guerrero

Orión. Al muchacho el cosmos le parecía un auténtico campo fértil donde brotaban las historias de su imaginación.

Además de las increíbles constelaciones, el niño trataba de cazar las lágrimas de San Lorenzo, que en aquellas fechas se dejaban caer del cielo. Miles de deseos le cruzaban la mente, esperando para ser cumplidos. De repente, una luminosa estrella fugaz se deslizó por el oscuro firmamento. Al chico le pareció que procedía de algún punto de la tierra y se había alzado hacia las alturas, como una especie de fuego artificial que rápidamente desapareció sin dejar rastro. Sin embargo, le había dado tiempo a formular su petición celestial.

No habiendo transcurrido apenas unos segundos, la noche se quebró con un ensordecedor estruendo que parecía provenir de no muy lejos. El niño se estremeció, pues el sonido era similar al que solían oír a las afueras del pueblo desde que todo había cambiado. Era atronador, acompañado de un eco trágico que rebotaba por toda la sierra y la vega en el silencio de la noche. Ante el miedo del muchacho, su padre siempre le explicaba que no eran más que los ruidos de una fábrica cercana. Sin embargo, el niño percibía también cierta preocupación en los ojos de su padre cuando ese sonido llegaba hasta ellos.

El estruendo parecía no consumirse y el revoloteo de los pájaros dormidos asustó aún más al chico. Por suerte, no se repitió como solía suceder en varias ocasiones, y a los pocos minutos una extraña calma volvió a reinar en el monte. Ahora el tiempo parecía pasar demasiado lento, y el niño quería regresar con sus padres lo antes posible. Quería que su madre lo abrazara y le dejara dormir en su regazo. Quería que su padre lo tranquilizara, aunque fuera con falsas historias. Quería dejar de estar solo...

Mientras esos pensamientos inundaban su cabeza, el frío pareció tornarse en un viento cálido y apacible. El muchacho notó el cambio repentino y se sintió momentáneamente algo mejor. Sin embargo, había un elemento extraño en el ambiente que lo puso alerta. Entre los árboles del pequeño bosque, se perfilaba una figura desconocida. La forma era sin duda humana, pero estaba rodeada de un débil halo resplandeciente que la convertía en sobrenatural. El niño observaba como se iba acercando a él con una mezcla de miedo y, a la vez, curiosidad. Por

alguna extraña razón, empezó a sentirse tranquilo ante la fantasmagórica presencia.

Finalmente, la figura se plantó a escasos metros de él. Era un hombre adulto, aunque algo más joven que sus padres. Iba vestido con un traje blanco impoluto que brillaba en la oscuridad de la madrugada. Aunque sus pisadas no resonaron en la tierra, llevaba unos zapatos que al chico le parecieron muy elegantes. El rostro del desconocido era de una belleza indudable y tenía una sonrisa que transmitía serenidad y alegría, en contraste con el panorama sombrío y solitario. Todo en él era limpio y correcto, y no encajaba con el ambiente del monte.

Sin esperarlo, el muchacho escuchó por primera vez la voz de aquel hombre:

—¡Hola! —su tono era dulce y apacible. No dudó en tenderle la mano al jovencito que se hallaba escondido bajo la piedra.

Con cierto nerviosismo, el niño le devolvió el saludo.

—Hola... ¿Quién es usted? —era una pregunta que sonaba algo brusca, pero la situación la precisaba.

—Pues, si te soy sincero, ni yo mismo lo sé. Acabo de despertarme de un profundo sueño y estoy intentando recordarlo todo.

El hombre realmente parecía algo aturdido, pero su semblante seguía siendo alegre y animado.

—Bueno, ¿y tú cómo te llamas, jovencito?

—Yo me llamo Rafael, como mi abuelo —el niño enmudeció al instante, como si acabara de dar más información de la debida.

—¡Oh! Yo tengo un gran amigo que se llama Rafael al igual que tú. Es un excelente poeta, seguro que te gustaría oír sus versos. Espero que se encuentre bien...

Por un momento, el rostro del desconocido se tornó preocupado, pero volvió a mirar al chico con curiosidad.

—¿Y qué haces aquí solo? ¿Dónde están tus padres?

—Pues verás, me perdí esta tarde y aún no los he encontrado —dijo el pequeño Rafael, con cierta culpabilidad.

—Pero, ¿vives en el pueblo? Podría acompañarte a tu casa.

—No, no vivimos en Alfacar. Desde que ocurrió aquello, nos refugiamos aquí en el monte —de nuevo, el niño se arrepintió por haber revelado ese dato.

—Pero, ¿qué ocurrió? Creo que recuerdo ciertas cosas, pero todo está revuelto en mi mente... —el hombre se sentó al lado del chico—. Cuéntamelo, por favor.

Rafael dudó por un momento si hablarle al desconocido sobre lo sucedido, aunque le extrañaba que no supiera nada del asunto. Finalmente, se decidió a contárselo:

—Mis padres y yo vivíamos en Pulianas, aunque nos mudamos a Granada en febrero porque papá consiguió un trabajo en el ayuntamiento. Éramos muy felices, hasta que hace un mes más o menos todo cambió. La ciudad se convirtió en un caos, todo el mundo corría y gritaba. Además, había unos hombres con uniforme que daban mucho miedo y se llevaron a los amigos de mi padre... Por eso, una noche decidimos escapar a la sierra. Fue muy difícil, a punto estuvimos de ser atrapados por los malos. Pero lo conseguimos, y desde entonces estamos refugiados cerca del pueblo. Un pastor nos trae comida de vez en cuando y hemos encontrado una cueva que nos sirve de casa.

El hombre de blanco escuchó atentamente las explicaciones del niño, y en su cabeza muchos recuerdos volvieron a encajar. De nuevo, un matiz triste cubrió su cara momentáneamente.

—Entiendo —dijo el desconocido—. Yo también soy de Granada y viví esa agitación que me has contado. Son días tristes para toda la gente, y todos queremos que esto acabe pronto... Sin embargo, muchos se ven obligados a luchar por sus ideales de una forma que nunca hubieran deseado. Ahora me acuerdo de otro gran amigo, Miguel se llama... Es un buen pastor, como ese del que me hablas. Pero, sobre todo, es un poeta comprometido con el pueblo, una

llama de esperanza en esta terrible oscuridad que nos acecha. No sé por qué, pero me da en el corazón que Miguelito está sufriendo por algo, y yo tengo culpa de ello...

Rafael, aunque apenas comprendía las palabras del hombre, sabía por su tono que estaba triste por los sucesos que habían ocurrido en el último mes. No entendía por qué alguien podía hacer daño a aquel ser tan amable e inteligente, de aspecto angelical. Gracias a él, ya no sentía miedo de estar solo y el frío que le helaba el alma se había convertido en un aire cálido que le reconfortaba.

—Rafael, ¿quieres que te cuente alguna historia mientras esperamos a tus padres? —dijo el desconocido, visiblemente entusiasmado—. Poco a poco voy recuperando retales de mi memoria. Debe de ser esta brisa fresca que baja de Sierra Nevada la que me lleva a mis primeros años de infancia entre Fuente Vaqueros y la Vega de Zujaira. ¡Ah, cuánto color! ¡Y qué olores! ¿Conoces, Rafaelito, el lenguaje de las flores?

—¿Qué es eso, señor? —interrogó el muchacho extrañado.

—¡Mira allí, junto al rosal! —el hombre de blanco señaló hacia un claro del bosque, que empezaba a iluminarse misteriosamente—. Pronto aparecerá ella, mi querida doña Rosita.

Y, de la misma forma que el desconocido había surgido entre la bruma, otra figura humana apareció de la nada, cerca del rosal. El niño vio a una bella mujer, un poco mayor que sus padres, arrodillarse junto a la planta. Al igual que su acompañante, este ser irradiaba una tenue luz que la hacía visible a cierta distancia.

—¿La ves? Es preciosa, como las flores que cuida.

—Pero parece triste...—Rafael había advertido el gesto de su rostro, que se mostraba serio mientras acariciaba una rosa.

—Eso es por una espina que lleva clavada, la de su amado primo. Se marchita, se consume, pero siempre lo va a esperar. Es la fuerza del amor contra el paso del tiempo, en un futuro lo comprenderás.

Las palabras del hombre de blanco fluían a la vez que la misteriosa figura de la mujer se iba disipando. El muchacho apenas podía distinguir ya el sueño de la realidad, pues todo aquello le parecía mágico a la vez que incomprensible. Pese a ello, deseaba seguir escuchando las historias de su nuevo amigo.

—Cuénteme más historias, por favor.

—¡Claro, a sus órdenes! —dijo el desconocido, simulando un saludo militar. Ambos sonrieron—. Quiero hablarte ahora de otra gran mujer de Granada, la valiente Mariana Pineda.

—¡Vaya! Esa sí que la conozco, mi maestro me habló de ella. Don Dióscoro siempre decía que Mariana era una adelantada a su época y que hoy en día harían falta más personas como ella.

—¿Don Dióscoro? —por un momento, el rostro del hombre palideció.

—Sí, era mi maestro en Pulianas. Los niños lo llamaban «el cojo», pero era muy bueno con nosotros. ¿Lo conoce?

El desconocido parecía haber recordado algo importante.

—Creo que sí... Aunque me gustaría haberlo hecho en otras circunstancias...

Aquella tristeza momentánea que lo envolvía a veces había regresado. Rafael quiso que recuperara su alegría contagiosa.

—Bueno, no se preocupe por él. Seguro que está a salvo, es mayor y nadie se atreverá a hacerle nada. Siga hablándome de Mariana Pineda, por favor.

El hombre de blanco quería decir algo, pero prefirió guardárselo en lo más profundo de su pensamiento. Debía animar al muchacho en aquel ambiente de conflicto y horror. Así, una sonrisa volvió a florecer en sus labios y retomó la historia.

De nuevo, una figura humana se materializó ante los ojos de Rafael. Esta vez era una joven vestida de otra época que estaba sentada mientras bordaba una bandera que el niño no supo identificar.

—Ahí está, la más valiente granadina que vio esta tierra nacer. Es un ejemplo de sacrificio por unos ideales de libertad y justicia, valores que aún hoy en día debemos perseguir. ¡Ay, Marianita, que bordas en tela la que será tu sentencia! Dime, Rafael, si no es amor lo que ves en su mirada.

El chico observaba atentamente a aquella mujer, que no apartaba la vista de su labor. Sus ojos reflejaban un sentimiento que Rafael nunca había visto en nadie, pero que debían de estar relacionados con aquello que el hombre decía sobre los ideales. Sin embargo, al igual que había ocurrido con doña Rosita, la brillante Mariana Pineda empezaba a desvanecerse. De nuevo, la frontera entre lo real y lo mágico se hacía indistinguible junto a aquel extraño acompañante que tanto reconfortaba al pequeño.

De repente, un rítmico sonido inundó el paraje nocturno. El niño pronto identificó aquel compás que retumbaba en la tierra: eran los cascos de un caballo. Las sombras del bosque perfilaron el animal del que provenían, en cuya grupa iban dos jinetes. Rafael distinguió a un hombre de pelo largo sobre los estribos y con las riendas asidas en un puño. Agarrada a su cintura se hallaba una mujer con un largo vestido blanco. El muchacho intuía que una nueva historia comenzaba.

—¿Ves a esos amantes, Rafael? Son Leonardo y la Novia, que acaban de escapar.

—Pero, ¿no se han casado? ¿De qué huyen? —preguntó el chico confundido.

—Ella sí, pero no con quien realmente quiere. La pasión que siente por Leonardo es mucho más fuerte que ella misma, procede de lo más profundo de la tierra —explicó el misterioso hombre de blanco—. Ni ellos mismos saben el porqué de ese sentimiento que arde en sus cuerpos y no les deja vivir. Y, sin embargo, habrán de pagar muy caro su amor.

El caballo había aminorado el trote, y ambos jinetes miraban hacia el cielo nocturno con cierta preocupación.

—¿Qué están buscando? —Rafael se mostraba muy interesado en estos nuevos invitados.

—La luna. Rezan porque no salga, pues es ella la que ha de cobrar en sangre estas bodas de tragedia. Y pensar que será con un cuchillito que apenas cabe en la mano... —el acompañante del chico bajó la voz—. Pero no será esta noche, puedes estar tranquilo.

El muchacho parecía triste por el oscuro destino que deparaba a aquellos amantes. A pesar de ello, sabía que poco podían hacer frente a aquella fuerza desconocida que guiaba su pasión. Finalmente, Leonardo miró a la Novia y, sin decirse nada, volvieron a galopar perdiéndose entre el bosque.

—Cuénteme más historias, señor.

—Me encantaría hacerlo, pero está a punto de amanecer y pronto me tendré que marchar —el desconocido hizo una pequeña pausa, mirando hacia el horizonte—. Además, creo que tus padres llegarán en unos minutos. Tienes que reunirte con ellos, están muy preocupados.

Antes de que Rafael pudiera preguntarle cómo sabía eso, el lugar donde se encontraban empezó a llenarse de seres luminosos, procedentes de las historias de aquel hombre. Todos surgían de la nada, y parecían no verse entre ellos.

—Si me quedara tiempo, muchacho, te contaría todas las historias que esta tierra me ha inspirado. Porque yo no inventé nada, todos estos personajes son memoria viva del pueblo que ha ido tejiendo sus propias leyendas. Qué importa si existieron o no, cuando son reflejo del alma andaluza y del romance gitano —el hombre de blanco empezó a señalar a los recién aparecidos—. Mira, Rafael, a esa joven vestida de verde que baila y corretea feliz por el bosque. Es Adela, que no quiere someterse al látigo de su madre Bernarda Alba y encerrarse en un luto que solo traerá desgracia. A su lado está Pepe el Romano, el causante de tal tragedia. Y aquel hermoso moreno es Antoñito el Camborio, que con su vara de mimbre va a Sevilla a ver los toros. Y allí, alejado de todos, está el gran Ignacio Sánchez Mejías, que lleva la muerte a cuestas. ¡Qué terribles cinco de la tarde!...

El niño escuchaba a su nuevo amigo y contemplaba aquella mágica escena. Las historias, aunque tristes, eran de una belleza indescriptible, y quería

conocerlas en detalle. Sin embargo, presentía que el final estaba cerca. De repente, el hombre de blanco dejó de hablar y se tocó la cabeza con gesto de dolor.

—No sé, Rafael, si ahora mi memoria falla o estoy viendo el futuro... Entre los recuerdos de estas fabulosas leyendas se mezclan hechos que nunca he visto... Creo ver a mi querido Machado, que tanto me enseñó, coger una maleta y huir con su madre... ¿Y no es ese Miguel, escribiendo a su hijo desde una celda de mil barrotes?... Veo a un país sumido en una profunda oscuridad... Pero, también veo una luz... Sí, es una llama de esperanza.

El muchacho apenas entendía lo que su acompañante estaba relatando. Tenía los ojos cerrados y parecía estar muy concentrado.

—Rafael, creo que me tengo que ir. Ya no soy de este mundo y mi misión es que esa llama que he visto vuelva a brillar en estos tiempos que se acercan —el hombre se arrodilló y puso sus manos sobre los hombros del pequeño—. Solo te voy a pedir una cosa para que me ayudes en esta difícil tarea. Las únicas armas que te servirán serán la cultura y el conocimiento, y los libros te permitirán enfundarlas. Por eso, te pido que leas. Lee, porque será lo que ellos no querrán que hagas. Lee, porque así no te someterás a ellos. Lee, porque tendrán miedo de aquellos que tengan una opinión propia. Lee por los que lo hicieron y fueron perseguidos por ello. Lee por los que no podrán hacerlo. Lee, porque leer es liberarse de las ataduras de la ignorancia. Lee para no olvidar a los que nunca encontrarán...

Mientras pronunciaba esta última frase, una pequeña luz surgió entre los árboles de aquel bosque lleno de personajes fabulosos. Era la de un candil, y, a lo lejos, unas voces llamaban desesperadas a Rafael.

—Son tus padres, vete con ellos. Mi hora ha llegado, me iré junto a todos estos trozos de mi memoria. He sido muy feliz aquí contigo.

Una pequeña lágrima brotó de los ojos de aquel hombre desconocido, que ahora brillaba con más fuerza que nunca. El niño también lloraba.

—No se vaya, puede quedarse con nosotros. Seguro que esto acaba pronto...

—Lo siento, pero mi sitio es otro ahora.

Todas las figuras empezaron a desvanecerse, incluida la del propio hombre de blanco.

—¡Adiós, Rafael! Quizás nos volvamos a encontrar alguna vez, entre las páginas de un libro.

—Pero, sigo sin saber su nombre. ¿No lo ha recordado? —preguntó el niño entre sollozos, viendo cómo su compañero casi había desaparecido.

—¿Mi nombre? Mi nombre es... Federico.

*Sierra de la Alfaguara (Alfacar)*

*Madrugada del 18 de agosto de 1936*